

## HACINAS.

Entre las negras paredes  
Alegre el niño jugaba,  
Mientras el viejo roncaba  
Sentado junto al hogar;  
Mas quedóse al fin tranquilo,  
De tanto correr cansado  
Y de su abuelito al lado  
fuese el diablejo a sentar.

Cuéntame una historia, dijo,  
Después que le despertara  
La de Mudarra o los Lara,  
De Hacinas o de Almanzor.  
Tengo sueño, mas tú quieres,  
Vamos, pero escucha atento,  
Y con vigoroso acento  
De esta manera empezó:

Un día de gloria eterna  
Allá en siglos muy lejanos,  
Cuando moros y cristianos  
Guerreaban sin cesar,  
Con ejército incontable,  
Hecha al triunfo y a la guerra  
Nuestra fuerte y santa tierra  
Quiso el moro dominar.

Entonce el noble serrano,  
Cual león furioso herido,  
En sus peñas escondido,  
Con saña fiera rugió,  
Y en Clunia, Salas y Lerma  
Y en Carazo y Espinosa,  
Cual tormenta fragorosa,  
Su rugido resonó.

“Como el águila que sube  
Sin estorbos hasta el cielo  
Nuestras casas, nuestro suelo  
Siempre libres han de ser.  
El mortal que ponga en ellas  
Codicioso su mirada  
Venga, el alma preparada  
A triunfar o perecer.”

Así con sublime orgullo  
Aquellos bravos dijeron,  
Y a la guerra se partieron  
Decididos a morir.  
Junto al noble castellano  
Iba el paje y el soldado  
Todos el pecho abrasado  
De un mismo ardor varonil.

Hay un valle deleitoso,  
Campo de hazañas sagrado,  
De la Sierra colocado  
En el mismo corazón;

Extiéndese entre picachos  
Que altivos tocan el cielo,  
Le corta manso riachuelo:  
Es el valle de **Acerón**.

Allí acudieron briosos  
Con banderas y bridones  
Los valientes campeones  
De la fe y la libertad;  
Y estaba la hueste mora  
En orden allí esperando,  
Con recias voces gritando:  
Viva Mahoma y Alá!

¡Cuántos soldados, Dios mío,  
Qué de tesoros traían,  
Cómo de oro relucían  
Las corazas del infiel!  
Unos eran de Toledo  
De la Algarbe o de Sevilla,  
Otros de la opuesta orilla  
Donde se asienta el Magreb.

Despreciando los serranos  
Tanto brillo, tanta gloria  
Lánzanse hacia la victoria  
con frenético furor;  
Y a los infieles vencieron  
Y a sus pies los derribaron  
Y los cuellos les cortaron  
Como al trigo el segador.

Armas, botín y banderas  
Cubrían el ancho suelo,  
Con la sangre el riachuelo  
Convirtiósse en turbio mar;  
Y no quedó un moro vivo  
Por todos aquestos montes  
Y vieron los horizontes  
Al rauda buitre volar.

Quedaron por largo tiempo  
En monte inmenso **hacinados**  
Los cuerpos ensangrentados  
Que la espada atravesó.  
Y diz que aquella llanura,  
Desde ese glorioso día  
Perdió el nombre que tenía  
Y de HACINAS se llamó.

P. José Antón Gómez, OSB  
Silos (1910-1915)